

LA TARDE DE LORCA

SE FUNDÓ EN ENERO DE 1909

DIRECTOR: J. LÓPEZ BARNÉS

AÑO XVIII

Redacción: Avenida de la Estación, Letra D. Bajo

Sábado 3 Julio 1926

Teléfono núm. 90

Núm. 4.681

¡AL RICO CHAMBI!

MIRALLES

Mantecado, Chocolate, Fresa, arroz con leche y Turrón de Jijona.

Especialidad en esta clase de helados fabricados al minuto, en garrafa especial, movida por Motor eléctrico.

No hay nada más exquisito.

Despacho general: Calle Cueto 5.

TEMAS LITERARIOS

MÓNICO EL ANARQUISTA

Después de unos años de buen silencio vuelve a escucharse en Lorca el son multiforme de la lira de Apolo. Poetas, dramaturgos, cuentistas y novelistas, unos en ciernes todavía y otros a punto de dar maduro fruto de reflexión, trabajan con un aspechado ardor creando una incipiente atmósfera literaria, interesante en extremo, no por lo que en la actualidad significa, sino porque bien pudiera ser la promesa de un renacimiento en las artes y las letras locales.

Entre los nuevos «catecúmenos» figura José Barnés, el cual llega al Parnasio local amparado por la égida de un librito de cuentos: «Mónico el anarquista». De dicho libro ha hecho su protagonista, el Sr. Cegarra Salcedo, un fervoroso elogio. Bien está esa voz alentadora y cordial para el que comienza en la más espionosa y árida de las empresas humanas. Sin embargo, nosotros, al oficiar de críticos, vamos a tomar distinto punto de vista, ya que la crítica de un libro es la imagen del mismo vista a través de un temperamento.

Como dice el Sr. Cegarra, José Barnés es un lector insaciable, «pezo sin fondo para la letra impresa». Esta necesidad imperiosa de leer que acucia a nuestro joven escritor se refleja en su libro que es una gama de estilos, de formas y de afinidades ideológicas.

Cada uno de los cuentos que integran el volumen «Mónico el anarquista» más que un fruto natural y espontáneo es el comentario de una lectura que le impresionó vivamente. Este fenómeno, frecuentísimo en los que se inician en el arte de escribir tiene por causa, no la inconsistencia de los pensamientos y modos de visión del escritor, sino más bien la fuerza de captación de las obras leídas, que, al actuar sobre una inteligencia no disciplinada todavía, se apoderan de su voluntad y sirven de norma en las páginas escritas inmediateamente después.

En la lectura de una obra de varonil contextura existen dos periodos perfectamente definidos; durante el primero, que podemos llamar de fermentación tumultuosa, la obra leída, actúa con tal violencia sobre nosotros, que llega a anular nuestra personalidad mental, reduciéndonos a un eco de lo que leímos; nuestras ideas permanentes, escondidas en el subsuelo de nuestra inteligencia han perdido su fuerza de acción y sólo percibimos claramente las otras ideas, que a manera de aluvión nos dejó la obra recién leída. El segundo periodo, que llamaremos de «control», subsigue al anteriormente enunciado. Desaparecida ya la primera impresión violenta, nuestra inteligencia recobra su libertad; vuelven a aparecer nuestras ideas permanentes, los modos de ver que nos son propios, y en una serena y reflexiva meditación nos dedicamos a contractar («control») las nuevas ideas adquiridas con aquellas otras que nuestra razón adoptó anteriormente. Es decir, que en este segundo periodo lejos de obrar el libro leído sobre nosotros, es nuestra inteligencia la que actúa de un modo crítico sobre el libro.

La mayoría de los cuentos de «Mónico el anarquista» están escritos en ese primer periodo de fermentación tumultuosa. A través de ellos se agitan un tanto deformes y vagas las sombras de Dostoievski, de Andreiev, de Baroja, de Valle Inclán y de Azorín. La lectura de los escritores rusos parece ser que es la que más fácilmente modifica la sensibilidad natural del nuevo escritor. Esa morbosa delicia en presentar personajes de innumerables facetas psicológicas, esos anormales rayanos en la santi-

CENTRO POLITECNICO DE SANTO TOMÁS DE AQUINO

Director D. Santiago Payá Pérez

DOCTOR EN SAGRADA TEOLOGIA Y DERECHO CANÓNICO

Primera y Segunda enseñanza, preparación de carreras especiales, universitarias y magisterio.

CLASES NOCTURNAS

de las materias anteriores y Francés, Dibujo y Partida Doble

HORAS DE 7 A 9

AVENIDA DE LA ESTACION TELEFONO N.º 53

LA VALENCIANA :-: Zapatería

Ex ensos cortado en zapatos, todo tipo de señora y niña, en color, nacar, gris y camello.

Gran fantasía en zapatos de caballero

Sandalias, varias clases y colores

Para comprar barato: «La Valenciana» ZORRILLA 1.—LORCA.—TELÉFONO 427

PASEOS

(De nuestra colaboración)

Retiro (campo sin dueño)

Ya rompe el huevo de Abril...

Vida, brotando del sueño.

La primavera infantil,

aun no es flor; y la alegría

no sonríe todavía.

Pero late de tal modo, que ya es la sangre de todo.

ELIODORO PUCHE

(Retiro)

Retiro y en la locura, no es otra cosa que un inconsciente servilismo a la fuerza ejercido por ciertas lecturas. Los cuentos titulados «Mónico el anarquista» e «Inconsciente» recuerdan, a primera vista, ciertos aspectos y procedimientos constructivos y patéticos de «Los endemoniados de Dostoievski» y de «La victoria en las nieblas» y «A través de la niebla» de Leónidas Andreiev. Claro está que no se trata de una premeditada imitación; pero sí es indudable que la sugestión ejercida por dichos escritores se refleja en el libro de Barnés de un modo inconsciente.

Creemos preciso hacer un ligero comentario sobre la pintura de anormales hecha por los escritores rusos y el nuevo cuentista.

Tanto Dostoievski como los demás escritores rusos que tanto han ahondado en las complejidades psicológicas de su pueblo nos han presentado sus tipos fuera de toda clasificación o empadronamiento; es decir, sus personajes han obrado de una

cierta manera, bastante incomprensible para nosotros, lectores occidentales. Y hemos sido nosotros los que, al no vislumbrar el porqué de su manera de obrar les hemos adificadado ese título de anormales, única manera de salvar nuestra incompreensión. Barnés por el contrario, al presentar sus tipos los define y clasifica; nos hace saber que son anormales, y por si fuera poco trata de justificar sus actos mediante unas reflexiones de carácter filosófico pedantesco sobre el Bien y el Mal, que la verdad, ni justifican nada ni aportan belleza alguna a la obra. Creemos completamente pueril este procedimiento; los hombres se justifican y definen por sus actos, no por lo que ellos digan de sí mismos, aunque se pongan bajo el amparo de algún tratado de Psiquiatría. Además, para tratar con ideas universales y simplicísimas, como el Bien y el Mal, es preciso una sólida cultura que no está al alcance de todo el mundo.

Otros cuentos como «Nómadas» y «La víspera de San Juan»

están bastante influenciados por escritores españoles; en el primero aparece la sombra de aquel mayorazgo que Baroja hizo salir de Labraz, para recorrer el mundo, ciego y desvalido, cual nuevo Edipo acompañado por la piedad de Antigona. En «La víspera de San Juan» es la nueva manera del Valle Inclán de los Esperpentos, la que hace un guiño pícaro.

Hasta aquí llega el capítulo de los reparos que premeditadamente hemos puesto al principio. De este modo tendrán nuestros humildes elogios un aspecto de estricta sinceridad.

«Mónico el anarquista» no es una realidad, un valor positivo en el ámbito de la literatura nacional; pero es una excelente posibilidad, una buena promesa para un mañana no muy lejano. Como primer balbuceo literario adolece del defecto de asentarse no sobre una cultura definida, si no sobre un andamiaje de lecturas improvisadas que no se han aposado todavía. Pero hay en el libro que comentamos un noble sino afán de romper viejas rutinas, de captar nuevos asideros para el arte, de ensanchar los horizontes familiares, de colocar en un primer término las figuras borrosas perdidas en las penumbras lejanas. Es una exaltación de los humildes, de los desheredados, de los que hasta ahora no tenían una denominación amable. De «Mónico el anarquista» fluye un lamento demasiado humano que unge de piadosa ternura las carnes maceradas de humillados y ofendidos. Como libro que hace profesión de amor, es una protesta noble... ¡Quiera Dios que sea sincera!

Lejos de ser un libro de amena literatura, poblada de rancido sentimentalismo, «Mónico el anarquista», tiene la fortaleza de una bebida áspera que tonifica y tensa los nervios. Hay en él innegables aciertos debidos a una profunda observación de las almas y de las cosas. Algunos cuentos como «Templo en la enervada» y «Una noche en vela» —los más personales— revelan que su autor puede alcanzar el día de mañana un puesto en nuestra literatura. Bastará para ello con que el joven Barnés discipline un poco más sus lecturas de modo que no dejen una huella perdurable en sus escritos; que abandone esa engañosa y pedantesca manía de filosofar que solo sirve, cuando no es fruto de sólida cultura, para poner de manifiesto nuestra vergonzante desmudez; y sobre todo, que huya de esos anormales cuya pintura a primera vista deslumbraba, pero que en realidad están dotados de tan débil contextura que no resisten el más liviano análisis.